

Una pequeña historia

ARCADI ESPADA

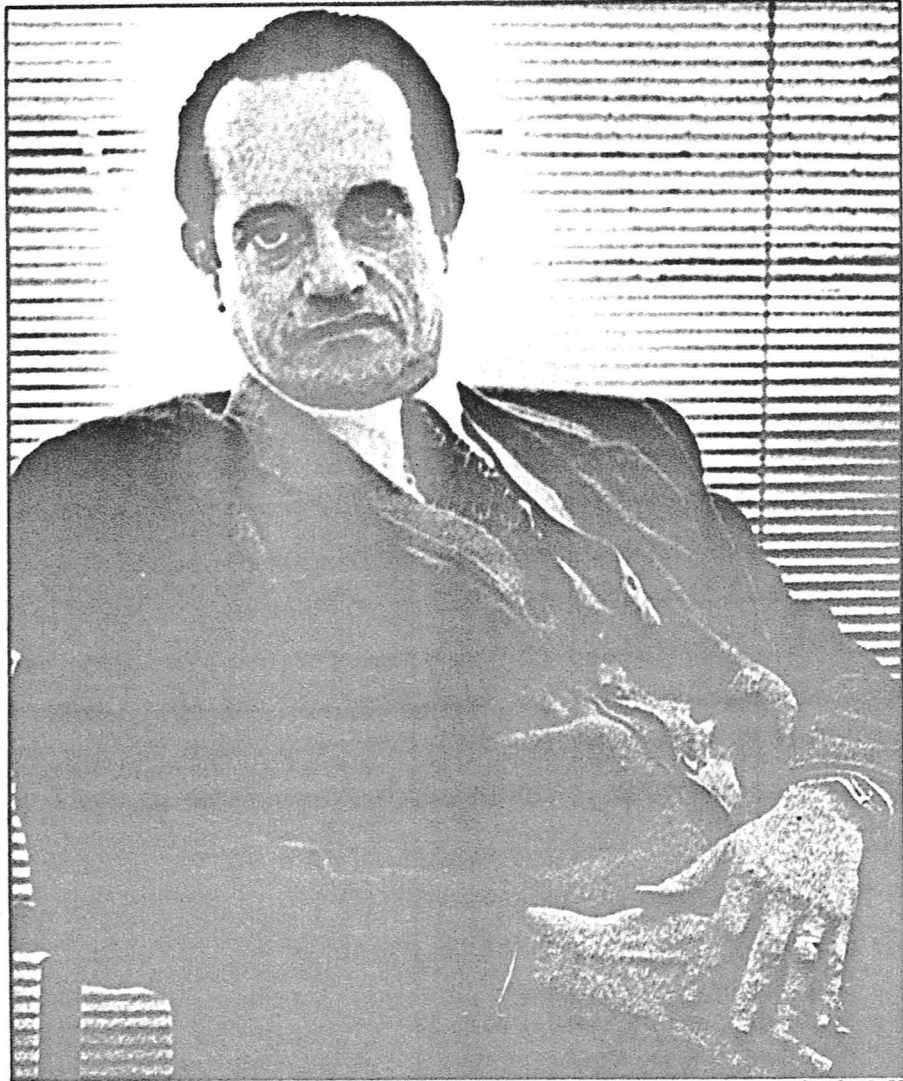
—La gente de Barcelona..., ¿quién será esa gente?

—Yo digo que se trata de la gente que a mí no me han presentado jamás porque la conozco desde siempre. Un puñadito muy discreto y poco culto, aunque eso esté cambiando ahora con lentitud, de gentes encantadas consigo mismas, que tenían un sistema de valores ya destruido.

Jorge de Cominges ha escrito *Tul ilusión*, una novela sobre esa gente. Hace unos años, con *Un clavel entre los dientes* había descrito de manera convincente y nada pretenciosa cierta Barcelona de los sesenta. Su nuevo texto se abre con el ya acostumbrado timbre crepuscular de los versos de Gil de Biedma —*Todo fue una ilusión, envejecida / como la maquinaria de sus fábricas, / o como la casa en Sitges, o en Caldetas, / heredada también por el hijo mayor*—, un específico siempre eficaz pero cuyo abuso comporta el riesgo de generar resistencias. Cominges cuenta con fluidez y corrección una pequeña historia, y entiéndase la alusión a su tamaño como un rasgo positivo de la voluntad del autor de huir del énfasis y de acoplar sus intenciones estilísticas a la naturaleza del mundo que describe.

Desde el punto de vista de la crónica barcelonesa, la novela presenta el atractivo, poco confesable, del *roman à clef*. Aunque el pudor literario y la precaución civil impidan a Cominges soltar una sola palabra sobre los modelos reales, hay en muchos de sus párrafos una neblina de nombres propios, ya tejida desde el inicio con el entierro de Ana Luisa Torra, evocación de Ana María Gill, aquella barcelonesa vivaz que reunió tantas y diversas memorias en torno de su féretro.

Ahí está, emboscado bajo Oriol Serrat, Jorge Sagnier, el mejor amigo que tuvo el financiero Pedro de Toledo en Barcelona, y el que más supo, probablemente, de su vida y de sus últimas horas, monárquico desde siempre que tuvo la rara virtud de servir a don Juan y de mantener una amistad entrañable con Alfonso de Borbón. También Felicidad Blanc —Soledad Diez—, la esposa del poeta Panero, fijada al trasluz de ese viaje que el académico Pere Gimferrer —Raimundo Vázquez— y el propio Cominges realizaron al psiquiátrico barcelonés donde estuvo internado Leopoldo, el hijo mayor de la pareja. Ahí, divididos entre los Fontrodona y los Ochoa, aparecen los Sert, con el otrora silencioso y remoto jardín de su casa, atravesado hoy por la Ronda de Dalt, donde en las noches de verano tenores sin sueldo, pero con enorme corazón, puntean a Verdi. Ahí, a pleno sol, luce la boda de Coqui Malagrida —Leticia Salas— y Rudi Llacuna —Emilio Corbella—, ella muy rica heredera y episódica cronista de sociedad en el *Brusi* de Enrique del Castillo. Una



Jorge de Cominges.

JOAN SANCHEZ

boda que el genealogista Armand de Fluvià, en la vida, y Agustín Urrieta, en la novela, presenciarian con aquello que contendría llamar *sentimientos encontrados*: Fluvià pudo haberse casado, tiempo atrás, con la rica heredera, pero había demasiadas cosas que lo impedían.

Gotea todavía en los párrafos la lluvia que asoló la primera puesta de largo a la que el jovencito Cominges asistió en su vida —en la segunda conocería a la que acabaría siendo su mujer, la periodista Margarita Rivière—, la puesta de largo de Marita Urbaneja en los jardines del Laberinto, clamorosamente resuelta bajo la tormenta. La lluvia fue el instrumento que puso Dios para que al público le fuera dado contemplar por vez primera los muslos de una gobernadora, la señora de Ibáñez Freire: "Su vestido de piqué había encogido dos palmos", recuerda la novela.

Asaltos de Carnaval; cenas resueltas in

extremis por Semon; la leyenda del fabricante que se jugó a su mujer al póquer y la perdió, y ella —no crean otra cosa— fue así feliz el resto de sus días; el tránsito vagabundo de gentes improbables como Perico Genovés, aquel mutilado de guerra que masticaba bombillas con deleite; la gesta de Balenciaga, que siguió enviando a la primera mujer de Alberto Puig Palau dos vestidos por temporada aunque ya no pudiera pagarlos, ocupan también algunos de los rincones de la historia. La certidumbre de que la homosexualidad —el vicio nefando— se instaló sin pudor en los salones y la prolongación de la Via Augusta fueron suficientes para reducir a cenizas ese mundo, para rasgar el tul ilusión —tejido primordial de los tocados de boda— de Odila, la protagonista del cuento. Cominges les ha dado su pequeño cuarto de hora de gloria literaria. Nada más que agradecimiento le deben.

La Entidad del Medio Ambiente pide la declaración de zona

LA
S
co
Mur

PI
No hace
de Lérida
solidaria
Mundo.
puso —y
tó su apo
de miles c
paliar el
soluciona
transport
llevar tan
tancia, lo
se pusier
fundació
sede en B
transport
que par
aquí, una
idea. Per
siempre h
ta era tot
que las c
ción de l
la dieta d
sitan exci
tión de m
ceras y c
irrepara
una buen
pesar de
tores.

La cue
tea esta
vez más,
cas encu
aceptable
nes en el
Por ello,
rias se m
necesario
y fuerza
(gobierno
nismos i
Paralelar
de mucha
paciencia
lentitud e
surgen ta
nes espor
siempre f
su funcio
por la infi
bre todo
decidiera
mos adre
situación
que nos
cosas.

Profesi

Hay otr
camión c
entre Cre
de Reus.
cual para
ga) y lle
carga no
ción de